

Los nuevos movimientos sociales

ANNA PI I MURUGÓ

Alain Touraine,
Cómo salir del liberalismo,
Paidós,
México, 1999
(Colección Estado y Sociedad).

Quien escribió este libro –uno de los sociólogos más importantes, comprometidos y reconocidos de nuestra época, y autor, entre otras obras, de *América Latina: política y sociedad*, *Carta a Lionel Jospin*, *¿Podremos vivir juntos?*, *El post-socialismo* y *¿Qué es la democracia?*– no pretende que éste "sea un panfleto... [pero]...no es tampoco más neutro que el trabajo del médico del enseñante o del jurista. El partido que tomo es el de querer que los hombres piensen y que sean los protagonistas de su propia historia, luchando tanto contra la dominación material que padecen como con la explicación que de sus conductas se suele dar, y ello en nombre de lógicas materiales supuestamente superiores a cualquier otra forma de acción social".

Aquí Touraine esboza alternativas y proporciona una visión positiva y propositiva frente a la tan cacareada imposibilidad de romper y/o modificar las líneas rectoras mundiales y omnipresentes del liberalismo en todos los ámbitos de la vida humana. Y también aborda un tema, que para la mayoría de los sociólogos está ya desbancado por su supuesta nulidad de acción y de conformación, los movimientos sociales.

En su análisis exhaustivo del caso francés señala que las movilizaciones de los sin papeles, los sin casa, los sin trabajo, los beurs y los homosexuales son ejemplos válidos de cómo a pesar de sus reconocidas deficiencias, pueden llegar a constituirse como los grupos de presión que emprendan los verdaderos y reales movimientos sociales de la actualidad.

A pesar de circunscribir su análisis casuístico a Francia, el modelo planteado por Touraine es, tal como él lo plantea, extrapolable a otros países y además él mismo comprueba el parecido entre Francia y los países latinoamericanos. Escribe entonces: "En efecto, la tendencia actual hacia la dualidad en nuestras sociedades, la que las hace progresivamente más similares a las sociedades latinoamericanas, ha de ser contenida; y es que la defensa de una sociedad nacional saludable y de la acción del Estado nacional es parte integrante de eso que se suele llamar el desarrollo."

Otro tema que trata el autor es la complicidad de los intelectuales con el poder y las instituciones establecidas y reconoce que en sus manos está buena parte del desarrollo real de los movimientos sociales. La crítica a este gremio es realizada con mano dura pero con conocimiento y abundancia de ejemplos.

Para Touraine tanto el pensamiento único como el contrapensamiento único, supuestamente opuestos –las dos únicas líneas de pensamiento importantes en este momento–, coinciden en lo esencial. Ninguna de los dos creen en la posibilidad de que surjan actores sociales autónomos, capaces de ejercer alguna influencia en las decisiones políticas y por ende ambos propugnan una defensa "casi fundamentalista" de las ins-

tituciones consideradas como la única barrera eficaz contra la ya avanzada descomposición de la sociedad.

Este pesimismo o falta de nuevas visiones, que vemos reflejado tanto en los análisis políticos, en los sociológicos, y en nuestra vida cotidiana, tiene como consecuencia la defensa "casi fundamentalista" de las instituciones. En esta línea también sitúa el autor a la llamada tercera vía.

Estas tres corrientes, muchas veces interrelacionadas, dominan cada vez más el actual escenario social, alimentando la convicción de que no hay ahora las condiciones de posibilidad para que se produzcan cambios sociales y políticos. Con el propósito de combatir estos tres puntos de vista "a mi juicio más complementarios que opuestos entre sí, escribo el presente libro", señala el autor.

También sostiene que están surgiendo nuevos actores sociales que reivindican tanto determinados derechos como ciertas identidades colectivas. Piensa además que la reivindicación de los derechos culturales está permitiendo hoy la aparición de nuevos actores, y que solamente de este modo se hará posible la reconstrucción de una capacidad de actuación que se había debilitado desde hace veinte años. Y esto en buena medida porque el poder de resistencia y las fuerzas de oposición se desgastaron en la defensa de modelos económicos hace mucho periclitados, y cuyos efectos perversos no dejan de proliferar.

Con un rechazo al discurso general circunscrito a la definición de la globalización imparable –que nos priva de la demostración concreta de nuestra impotencia social y política ante lo que sería necesario llamar por su verdadero nombre: la ofensiva capitalista– Touraine afirma que la economía no puede existir al margen de cualquier control social y político, por ello el problema real recae en el movimiento incontrolado de capitales que puede destruir de repente diversas economías en virtud de cálculos puramente financieros y efectuados a corto plazo.

Así, propone que es necesario afirmar que en materia educativa, como antaño, lo esencial es considerar a los individuos y a los grupos como posibles actores sociales, y no solamente como víctimas manipuladas o sin recursos. A partir de tal convicción será posible poner en acción algunas reformas gracias a las cuales se podrán reducir verdaderamente las desigualdades, eliminando la marginación y acrecentando la capacidad de iniciativa de cada uno.

El problema principal radica, según él, en cómo pasar de la marginación a la protesta, del aislamiento a la defensa de los derechos por todos reconocidos, de la revuelta ocasional a una acción política constante.

Y observa cómo entre 1995 y 1998 los conflictos más significativos se han desplazado del terreno de los derechos sociales al de derechos relacionados con los factores culturales. Esto indica un cambio entre las luchas clásicas y las nuevas luchas. Así, desde los comienzos de los años ochenta, los movimientos han impactado con mayor fuerza a la opinión pública por su contenido, y no sólo por su contexto; y éstos han sido habitualmente los formados en defensa de los derechos relacionados con la cultura (los movimientos de los *beurs* y de los militares antirracistas, y después los de los homosexuales, y los de los sin...).

Ello indica claramente "que los problemas laborales y salariales han perdido relevancia, pero que la formación de nuevos actores, y por consiguiente el renacimiento de la vida pública, pasa a menudo por la reivindicación de una serie de derechos culturales, y que ese género de luchas, más que los movimientos directamente opuestos a la lógica liberal, es el

que merece el nombre de movimientos sociales, si bien es cierto que no existe movimiento social alguno en el cual la reivindicación que contiene no se acompañe de un rechazo".

Hace falta, por consiguiente, que la lucha no esté dirigida solamente contra el orden imperante, sino que actúe en nombre de valores considerados esenciales para el conjunto de la sociedad.

Obviamente, admite Touraine, el recurso de la violencia y una dependencia extrema en lo referente a sus apoyos exteriores son dos de los principales peligros que amenazan la formación de los nuevos movimientos sociales.

Y afirma categóricamente: "La defensa de los derechos culturales y sociales de los individuos y de las minorías es, actualmente, el objetivo primordial de los movimientos sociales que se oponen tanto al imperio del mercado como a la dominación de los movimientos de inspiración comunitarista. Los sintrabajo, los sin-hogar, los sin-papeles es donde se ha dado lo más similar a un movimiento por parte de ciertas vanguardias ideológicas o políticas."

En el libro Touraine hace mención también de los movimientos indígenas como el de Rigoberta Menchú en Guatemala, el zapatista en México, el katarista en Bolivia o el indígena en Ecuador que han aparecido en América Latina y plantean la afirmación y la identidad culturales, la renuncia a las políticas de ruptura y adoptan políticas claramente democráticas.

El investigador plantea la posibilidad de la unión de estos grupos variados o su federación, y la formación consecuente de un verdadero movimiento, para que así la pretendida globalización, que es y ha sido considerada siempre incontrolable, muestre resquicios para grupos con capacidad y voluntad de actuación propia.

No obstante, estos nuevos movimientos sociales deben ser independientes de las fuerzas políticas, deben también alejarse de las líneas intervencionistas del Estado que a través de los medios y sondeos nos inundan y arrastran sin sentido y sin opinión.

Posiblemente los acontecimientos más recientes de Ecuador, la huelga de la UNAM, o las críticas "globalifóbicas" de los políticos y economistas en Davos, Suiza, durante el Foro Económico Mundial, den al sociólogo nuevas perspectivas y herramientas de análisis para un futuro libro sobre los movimientos sociales en América Latina y el mundo.

En resumen, éste es un libro que abre puertas, expectativas, y plantea consideraciones muy importantes para este nuevo milenio, para quienes consideran que éste ha llegado con el año 2000, o para los que afirman que llegará en el año 2001.